

DAVID G. LANOUE

El Buda riente



El Buda riente

COLECCIÓN
LITERADURA

David G. Lanoue

El Buda riente

Traducción de Miguel Ángel Ruz Viana



Primera edición: mayo de 2014

*Esta obra ha recibido una ayuda a la traducción concedida
por la Xavier University of Louisiana*

Título original: *Laughing Buddha* (2004)

© David G. Lanoue, 2004, 2014

© de la traducción: Miguel Ángel Ruz Viana, 2014

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-942380-4-8

Dep. Legal: M-15099-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Viento del Sur, Monte Fuji despejado*, Katsushika Hokusai,
c. 1830

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El Buda riente

Para Charles, Randy,
Patrice y Michele...
ahora, todos saben.

PRIMERA PARTE

EL ECLIPSE

EN EL JAPÓN ANTIGUO, el calendario estaba diseñado de tal modo que cada año, en el decimoquinto día del octavo mes, la luna de otoño —es decir, la radiante luna llena de ese mismo equinoccio— presidiese los sagrados ritos agrícolas. Durante esta noche tan sumamente propicia, los labriegos ofrecen pasteles, batatas y ramilletes de hierbas en ofrenda a la luna, que consideran un *kami-sama*, un dios. A los poetas les encantaba especialmente reunirse en dicha ocasión, para beber sake y garabatear en sus diarios de haiku poesías escritas con un solo aliento.

Aprendí todo esto en mis lecturas del diario de Dientes Salientes, uno de los más populares diarios de haiku de todos los tiempos. En dicho libro, Dientes Salientes relata cómo

él y otras celebridades literarias se reunieron una noche inolvidable en las montañas de la provincia de Shinano para contemplar la luna de otoño. Pero, tras asomar la luna —y para horror de todos—, esta se oscureció en un negro eclipse total.

Imagínese pues el lector mi sorpresa cuando la otra noche, sin ir más lejos, al cierre de un habitual boletín meteorológico de Nueva Orleans a finales de septiembre —bochorno y calor—, el hombre del tiempo del Channel Six insinuó que un eclipse lunar tendría lugar en las siguientes veinticuatro horas, para añadir después, con una mirada extrañamente intensa, como si se asomase hacia mí a través de mi pantalla de veinticuatro pulgadas:

—Y el eclipse de mañana es extremadamente insólito, ya que coincide con la luna llena de otoño.

Yo permanecí ahí sentado, aturdido.

Antes de la pausa publicitaria, ya me había decidido. Un estremecimiento de expectación me recorrió la columna provocándome un hormigueo en el cuero cabelludo. Al día siguiente, por la noche, si el tiempo lo permitía, me regalaría la vista exactamente con lo que ya lo hicieran Dientes Salientes y sus camaradas, tantos siglos antes. Y no solo eso, sino que llevaría conmigo a mis fieles acompañantes: mi bloc de haikus y mi bolígrafo. Y entonces, pese a que tal vez nos separase un vasto abismo de espacio y tiempo, podría es-

tar *allí* precisamente, hombro con hombro, junto a Dientes Salientes y a sus amigos, inmersos todos en la mismísima experiencia y yo garabateando, con un aliento, mis propios haikus de tres versos.

Ardía en ansias.

A la noche siguiente, elegí como mirador para el eclipse la terraza de una cafetería contigua a la estación del transbordador, en Canal Street. Ansioso por ejercitar mi músculo poético, tomé asiento en una mesa con vistas al río y abrí el bloc de bolsillo. Agarré el bolígrafo, ya listo para rodar por la hoja. Pedí una cerveza, observé y esperé.

Una nube relampagueante se cernía, por suerte, distante y a baja altura. Alcé mi vaso y brindé por la nube, agradecido:

—*Kampai!* —dije, y tomé un buen trago. Este brindis dio paso a otros. Brindé por la luna, por la oscuridad, por el río resplandeciente... y por un solitario remolcador que arrastraba una gabarra a contracorriente hacia un Twin Span¹ salpicado de luces.

1. Aunque el más famoso Twin Span es el puente que cruza el lago Pontchartrain, el autor se refiere a los menos conocidos puentes paralelos que cruzan el Misisipí en Nueva Orleans.

Y en esto, justo a tiempo, la luna perdió un borde de su superficie. Alcé el bolígrafo y...

Allí en el Japón Antiguo, los chicos se afanaban componiendo haikus, el eclipse de la luna de otoño batía los jugos creativos de cada cual hasta hacerlos espuma. Taza de Té, el maestro de Dientes Salientes, se inclinaba hacia su diario de papel de arroz y esbozaba su poema con garabatos danzantes:

¡mundo de los hombres!
incluso la luna
ha de sufrir

Kuro, un sombrío Poeta de Negro, compuso un haiku pertinentemente lóbrego:

la luna y yo
mermamos
en el eclipse

Entretanto, Dientes Salientes tocaba una nota más alegre en la blanquecina página de su diario, diario destinado a ser célebre:

la luna se refresca
la cara
que abrasó el sol

También sentado en aquella galería atestada de poetas se hallaba Shiro, todo de blanco. Pero él se limitaba a *imaginar* su poema. Con la delicadeza de siempre, dejó el papel virgen.

Como hice yo. Pero al contrario que Shiro, por desgracia, mi página no quedó en blanco por voluntad propia. Sentado y mascando el bolígrafo aguardaba a que me asaltara la inspiración. No fue así.

Pero *¿por qué?* Durante más de dos años, desde que me contagiara con la fiebre del haiku por vez primera y empezara a componerlos día y noche, había escrito fluida y apasionadamente, completando un bloc de bolsillo tras otro con espontáneas improvisaciones que escribía con un solo aliento. Nunca antes había tenido yo que esforzarme para componer haikus; sencillamente, estos venían a mí, fluyendo desde la punta de mi bolígrafo cual bendiciones de algún Buda del más allá... Un Buda travieso, alegre y juguetón a quien le

encantaba sorprenderme en los impredecibles giros de cada pequeño poema.

Y ahora, ansioso por escribir, mis ojos escrutaban las últimas y más recientes aportaciones al bloc de notas, preguntándome qué es lo que había ido mal. El día anterior, sin ir más lejos, los poemas aparecían en mi cerebro y sobre el papel como si se escribiesen por sí solos:

no hay dirección errada
brazos
del roble

viejo puente de piedra
tanto si lo cruzo
como si no

huellas de herradura
en el barro
la última hormiga del día

Suspiraba, preguntándome qué había ocurrido. Dientes Salientes, Taza de Té, Kuro, Shiro... todos ellos estaban inundando el aire nocturno del eclipse con sus haikus, tan rápido como podían o, en el caso de Shiro, tan rápido como los imaginaba. Pero, pese a ver entonces lo que ellos

estaban viendo, yo me había quedado completamente en blanco.

¿Por qué?

Apuré la cerveza sin respirar, dejé la propina dando un golpe en la mesa, quité el candado de la bicicleta, monté en ella y me dirigí a casa disgustado, con un humor tan lúgubre como la propia ciudad.

EL SILENCIO DE DIENTES SALIENTES

DESDE LA MAÑANA en que se convirtiera en discípulo de Taza de Té, allá en el pueblo de Kashiwabara, hasta seis décadas más tarde, cuando el Buda dejó de soñarle, Dientes Salientes había plasmado su poesía y su vida en un grueso diario hecho con papel de arroz. Sin embargo, hay un evidente vacío en esa crónica, la cual recoge casi toda su vida: durante cuatro meses y medio él no escribió absolutamente nada en su maravilloso libro. Al haiku que compuso la noche del eclipse —el de la luna refrescándose la cara que abrasó el sol— le sigue una página en blanco. Y después, en la siguiente página, en una anotación fechada ciento treinta días más tarde, prosigue con:

Día de Año Nuevo, Fujikawa. Frío y despejado.

Una mañana ideal para escribir haikus: ¡Vivo otra vez!

Kuro, Shiro y Kojiki partieron esta mañana de regreso a Edo. Pero yo he resuelto demorarme un tiempo en esta cima helada de la montaña sagrada. Los niños de la aldea corren y ríen, vuelan todavía las cometas de Año Nuevo.

*viviendo en peligro
la cometa pasa
rozando el río*

... y desde ese momento en adelante, y durante el resto de su vida, Dientes Salientes escribió cotidianamente en su diario, con lo que el vacío de ciento treinta días parece incluso más sorprendente. ¿Por qué dejó a un lado el haiku durante tanto tiempo? ¿Estaba padeciendo la sequía del escritor, tal vez? ¿O había decidido imitar durante una temporada la poesía tácita del siempre callado Shiro? ¿Y qué pretendía decir con la críptica exclamación «¡Vivo otra vez!», cuando por fin volvió a decidirse a escribir haikus?

Cuando leí el diario de Dientes Salientes por vez primera, ese vacío de cuatro meses y medio me desconcertó. Y que dicho vacío se iniciase al día siguiente del eclipse de la luna de otoño se me antojaba especialmente insólito. ¿Cómo no

iba a hallar inspiración tras despertarse a la mañana siguiente en la augusta compañía de Shiro, Kuro y Taza de Té?

De forma igualmente insólita, al cabo de ciento treinta días retomó su brocha de bambú y desencadenó una avalancha poética que continuó con irrefrenable furor, día a día y página tras página, hasta su muerte, cuarenta años después. Y yo me preguntaba: ¿qué lo inspiró para relanzar su carrera en el mundo del haiku con tan exuberante e imparable ímpetu? A la luz de mi reciente incapacidad personal de producir un solo haiku la noche del eclipse, el interrogante destilaba una trascendencia especial y personal.

Ávido de respuestas, decidí hacerle una visita al experto local en la materia: el profesor Nakamura, distinguido catedrático del Departamento de Literatura y Lenguas Asiáticas de la Uptown University. Su libro, una crítica sobre haikus de 700 páginas escritas con reducidos caracteres académicos, me convenció: si había quien supiese el cómo y el porqué del silencio poético de Dientes Salientes, ese tenía que ser Nakamura.

—Profesor —dije cuando entré en su despacho tras hacer una reverencia, como había aprendido durante mi verano en Japón—, es usted muy amable por recibirme.

Él no me devolvió la reverencia, sino que me estrechó la mano al estilo occidental. Tenía un aspecto más joven de lo que había esperado. Mechones entrecanos daban un

tono más claro a su cabello negro y muy corto, pero su rostro, especialmente sus ojos, rebosaban una intensa energía.

—Por favor, tome asiento —dijo.

Me senté. El profesor, con pequeños pasos, rodeó el escritorio y se acomodó en una gran silla automática de cuero negro. Un radiante ordenador, totalmente negro, resplandecía sobre el escritorio que había entre nosotros, junto a un jarrón de cristal con un solo lirio. Un mapa gigante de las islas niponas —de color verde y con miles de anotaciones garabateadas en rojo— se alzaba imponente tras el erudito de renombre mundial.

Entramos en materia tras cruzar un par de comentarios sobre la crisis financiera en Asia.

—Me interesa el poeta Dientes Salientes, profesor. Y usted ha escrito mucho sobre él —dije.

—Ah, sí, Dientes Salientes.

—También es uno de mis favoritos. Creo que es genial.

—En sus comienzos, tal vez.

Yo me encogí de hombros. Estaba al tanto de la teoría del profesor: el haiku como expresión literaria había alcanzado su apogeo en las mocedades de Dientes Salientes y había ido en declive desde entonces. Pero yo no estaba allí para debates, de modo que pasé por alto su comentario.

—Siento curiosidad por cierto enigma que plantea el diario de Dientes Salientes —proseguí. Él frunció el ceño y

no dijo nada. Yo me aclaré la garganta—: Verá usted, estoy escribiendo un libro y...

—¿Conque esas se trae? —me espetó—. ¿Cómo ha tenido usted la osadía de venir aquí?

Aquel arrebató y el encendido rubor que, de repente, apareció en las mejillas del profesor, me desconcertaron.

—Si pudiese usted, eh... ilustrarme sobre... —balbuceé. Se llevó un dedo índice a los labios:

—Creo que debería usted irse.

—Pero...

—¡Ahora! —exclamó entre dientes—. ¡Que tenga usted un buen día!

Me levanté con ademán de ir a marcharme. El profesor Nakamura permaneció sentado. Nada de apretones de manos. Sus ojos me atraparon con una fría mirada de enfado.

—Buenos días —mascullé, y me marché preguntándome qué diantres acababa de ocurrir.

Tras aquel extraño incidente en el despacho del profesor Nakamura, no sabía a qué atenerme. Sin ayuda experta alguna, ¿cómo iba yo a resolver el enigma del silencio poético de Dientes Salientes?

Sopesé el dilema durante toda la tarde siguiente, sentado en el bar del barrio y sorbiendo grandes copas heladas de cerveza Happy Hour. ¿Por qué Dientes Salientes había abandonado la escritura durante tanto tiempo? No era ni por asomo algo propio del poeta del pueblo, el discípulo más brillante de Taza de Té, alguien que acabaría alcanzando la fama, si bien no riquezas, en el mundo del haiku. Y yo me preguntaba: ¿quién conocía la respuesta a tan inquietante pregunta?... Quiero decir, entre los vivos... Al fin y al cabo, no se lo podía preguntar a Dientes Salientes, así, sin más.

¿Preguntar a Dientes Salientes?

Solté una risa ahogada. Eran pensamientos propios de la embriaguez, que, como la mayoría de dichos pensamientos, resultaban perfectamente lógicos en aquel instante. *¿Claro que... por qué no?* A fin de averiguar qué se hizo de Dientes Salientes después del eclipse, por qué abandonó el haiku y, lo que es más importante para mí, qué le motivó a volver a escribir cuatro meses y medio después, iría directamente al origen. Yo no poseía una máquina del tiempo, al menos no como la de H. G. Wells, pero sí tenía en mi posesión algo exactamente igual de bueno para tal propósito: mi bolígrafo azul Bic. ¡Gracias al inefable poder de este objeto sagrado podría fácil, instantáneamente, viajar al mundo de Dientes Salientes, al Japón Antiguo, salvando el tiempo y el espacio, escribiéndome a mí mismo en cuerpo y alma en este mismí-

simo libro! Y después, en unas simples páginas, podría hallarme pegado como una lapa a Dientes Salientes, y hacerle preguntas hasta quedar satisfecho, anotando cada respuesta al pie de la letra.

Era un plan.

Pero antes de poder ponerlo en práctica, necesitaba un disfraz que me permitiese codearme con la gente de una era tan remota sin despertar sospechas. Cavilé... y bebí.

Al cabo de una cerveza y media, di con ella, con la solución perfecta: me haría pasar por un monje budista errante, un hombre santo sin raíces. Tendría que afeitarme la cabeza—eso no suponía mucho esfuerzo, mejor que mejor— y envolverme en una holgada túnica color azafrán. ¡Estupendo! Pero no todo eran ventajas: no me ilusionaba la idea de ir recorriendo el Japón Antiguo con las rígidas sandalias de esparto típicas de la época. De modo que, en aras de la comodidad, decidí conservar mis Reebok blanquiazules, que tan desgastadas están. Mi túnica sacerdotal tendría que arrastrarse por el suelo, al menos lo bastante como para ocultar mis anacrónicas zapatillas.

Decididos mi identidad y mi disfraz, ya estaba totalmente preparado. Me palpitaba el corazón. Estaba a punto de conocer, en persona, a los gigantes de los versos escritos con un solo aliento: ¡Taza de Té, Kuro, Shiro y Dientes Salientes! Me sentía como un agente secreto embarcándose

en una importante misión secreta, camino de tierras exóticas donde cundían el sexo, la violencia y el haiku: el Japón Antiguo de las *geishas*, los samuráis y los poetas lunáticos y estrafalarios.